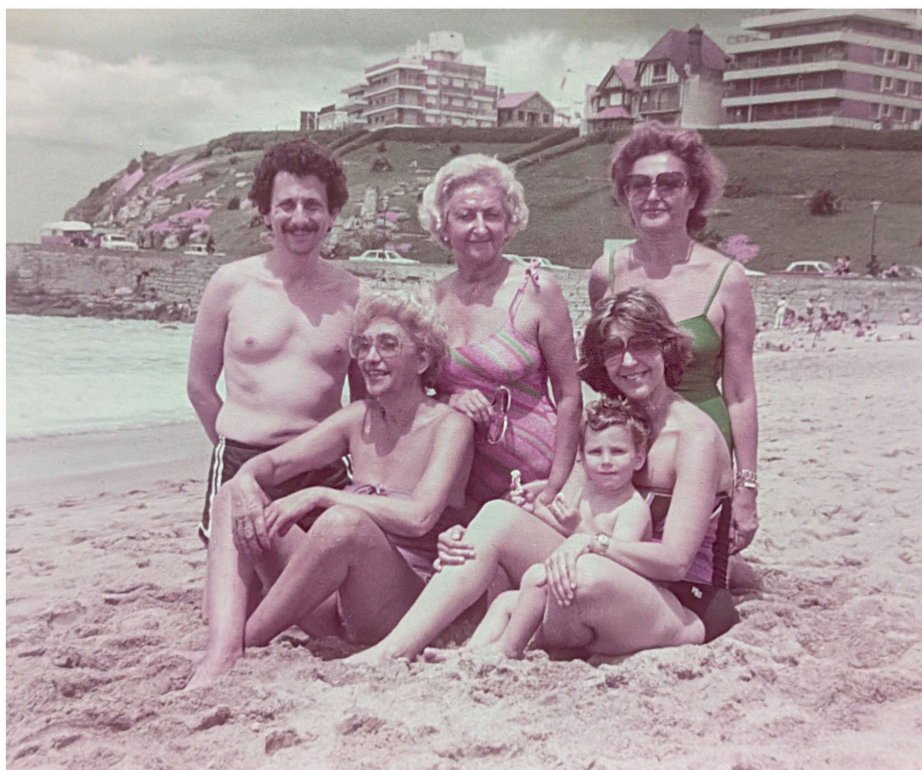




Seix Barral

Ezequiel Zaidenwerg

Fantasma escritor





Seix Barral

Ezequiel Zaidenwerg

Fantasma escritor

LA CASA DE LAS TÍAS

La historia tiene al menos dos versiones y ninguna es del todo original. Indiana, mi mamá, me contó la primera. La segunda la estoy tejiendo ahora con mis propios recuerdos. Ambas, a su manera, son historias de amor. Y de descubrimiento, que es otra forma de rondar lo mismo. La de mamá, a quien ya no es posible pedirle más detalles, está teñida del orgullo de un deseo heredado, la palabra hecha carne, que al fin y al cabo Indiana no eligió para que fuera el centro de su vida, y al que volvió a acercarse en sus últimos años. La mía —en realidad, el hecho de contar mi versión de la historia, acostumbrado como estoy a habitar las palabras de otra gente— es hija de un pudor del que quisiera desembarazarme. Cuando murió su madre, Mirta Rosenberg, mi maestra, escribió: «Ahora soy la fotografía/ y vos el líquido revelador. Tu muerte/ me convierte en yo». Ahora que no tengo ni maestra ni madre —aunque vivan en mí, ya no me pertenecen—, me toca ir al encuentro de *lo que menos conocí en mi vida*: la primera persona.

En la historia de Indiana estamos en el auto de mi abuelo Donaldo, en Mar del Plata, donde con la familia

de mamá pasaba mis veranos. Mi abuelo, que maneja, se parece al de siempre, al que enseguida se presenta nítido si quiero recordarlo: poco queda del joven seductor de labios finos, nariz filosa y abundante pelo que conocí en la foto que llevaba en un bolsillo de su billetera, y que encontré y guardé cuando murió. Apenas esos labios libaneses fruncidos con malicia o alegría. Del pelo renegrido quedan a los costados unas hebras plateadas que teñía y peinaba delante del espejo con una seriedad bastante cómica. La nariz se le infló tubercular, bulbosa; y lo mismo el abdomen aerostático, que de chico soñé tener también, tal vez por suponerlo una prerrogativa de la magnificencia —y del amor— de mi abuelo; y que quise entrenar tragando aire, hasta que descubrí que la comida era más eficaz.

Quien brilla por su ausencia en esta historia es mi papá, David, una omisión curiosa puesto que por entonces —¿1984, 85?— todavía vivía con Indiana. Si en efecto papá estaba en el auto, debió haberse sentado atrás, a la derecha, del lado de mi abuela, con mi mamá en el medio y yo a la izquierda, junto a la ventanilla. Pero dado que soy testigo y a la vez protagonista de su historia, a Indiana —que me mira mirar— no puedo verla. Tampoco recordarla de una sola manera, como en cambio aparece sin esfuerzo Donaldo siempre que lo convoco a la memoria. Cuando murió mamá, en 2022, encontré en su casa varias cajas de fotos donde pude reunir a las muchas Indianas que, con callada solidaridad, se repartieron el papel materno durante cuatro décadas. «Querido, no te ofendas, pero a mí nunca me interesó demasiado ser madre», me confesó una vez, aunque yo ya sabía. «Por suerte me tocaste de hijo vos.»

En la historia de Indiana, estoy mirando por la ventanilla con la concentración perfecta de la infancia. Por lo que sigue, intuyo que el auto de mi abuelo, un Mitsubishi como el de su hermana Beba, pero de otro modelo, una cupé cromada tipo nave espacial, recorre una avenida o viborea por las calles del centro de Mar del Plata. Si intento recordar ahora la escena, la memoria me trae otra distinta, y veo el mar abrirse al lado de la ruta que lleva a Santa Clara, una playa alejada y menos concurrida que le gustaba frecuentar al clan, o a sus dos cabecillas, mi abuelo y la tía Beba. Ahí yo acostumbraba irme a las rocas solo, en busca de cangrejos que sacaba de sus cuevas con dos dedos audaces, y que luego, en un balde, transportaba hasta el departamento de Donaldo y Pulula, como apodaban a mi abuela. Casi siempre, después, mientras dormíamos, alguno se escapaba y al otro día aparecía vivo detrás de una cortina para consternación de la dueña de casa.

También, de tanto en tanto, al lado de la ruta veo unos travesaños de madera parecidos a horcas, donde cuelgan —de un gancho o un anzuelo clavado en las quijadas— tiburones medianos o algo más corpulentos que pescaron en esas mismas aguas. Pero la escena no coincide con la historia que estoy tratando de reconstruir, porque al volante va la tía Beba; y estoy con sus hermanas Lili, Alcira y Ramona, que viven, todas juntas y solteras, en visible armonía, al menos por contraste con Donaldo y Pulula y sus constantes gritos y peleas. Mientras tanto, en el auto de mi abuelo, sigo mirando absorto lo que pasa en la calle; y ahora Indiana nota que empiezo a murmurar algo que ella no escucha o que yo todavía no articulo.

Apunto con un dedo hacia la ventanilla y, enseguida, recito unas palabras.

—¿Qué estás haciendo? —se sorprende Indiana.

—Estoy leyendo —le respondo, y señalo un cartel que hay en la calle.

Olvidé qué decía ese letrero. Tampoco sé hasta dónde es exacta la historia de mamá, aunque excepto su orgullo, que no puedo decir que sea sólo de Indiana, no tengo otros motivos de sospecha. Lo que sé es que la escena significa para mí algo distinto, pero complementario, de lo que debe haber representado para ella. En su celebración de mi precocidad autodidacta, me figuro la escena inaugural de una vida orientada a traducir, a aprender a leer siempre de nuevo, a imaginarse puentes sin orillas que, como si las orillas existieran, hagan posible un cruce entre dos realidades de órdenes distintos. Y aunque en verdad no sea la escena primigenia, porque la historia que recuerdo es otra y no tiene testigos, quizá la confusión alumbre más de lo que oscurece: quiero entender por qué aprendí a traducir antes de que me enseñaran a leer.

En mi versión también estoy en Mar del Plata, en la cocina del departamento de mis tías abuelas, que toda mi familia llama a secas «las tías», porque criaron o ayudaron a criar a dos generaciones de sobrinas y sobrinos. Si bien en Mar del Plata hay que sumar la playa, adonde van sin falta de lunes a domingo, en casa de las tías la vida gira en torno a dos rituales que se celebran con similar entusiasmo: el juego y la comida. Celebran campeonatos maratónicos de burako o de rummy, que indefectiblemente gana Beba, la menor y la jefa, jubilada —a los cincuenta años— de un cargo gerencial en un laboratorio farmacéutico.

En la cocina, cada una tiene sus especialidades. Alcira, la mayor, se dedica a la carne. Con un cuchillo que, por el tamaño, parece de juguete, le gusta desgrasarla hasta el último nervio para hacer empanadas o el keppe libanés —crudo y cocido, el centro del menú en ocasiones especiales— que aprendió de la Lola, su mamá. Se aplica a ese trabajo con la misma precisión con que se hace las manos, para lo cual despliega toda una batería de alicates, tijeras, limas, esmaltes y otros adminículos que guarda en una caja de cartón, cuya humildad desmiente los tesoros que guarda y, sobre todo, el lujo minucioso de las uñas de Alcira.

Los dulces y los postres son tarea de Lili, la del nombre más lindo de las tres: Nélica Aminta; amén de, según dicen, la más sexy. Es la hermana del medio, la más estoica y menos melancólica, sin dudas enseñanza de la artritis reumatoide que hace años le retuerce, nudosos, los dedos de las manos y le saca espolones en los codos. La recuerdo en la cama, en sus últimos días, brindando y despidiéndose sin palabras, sonriente, con cerveza primero y con champagne después. Ramona se apellida Bonino en vez de Dib y vive con las tías como una más de ellas desde los quince, cuando la recogieron, huérfana, del campo en Santa Fe. Si bien es la encargada de cocinar a diario, su pasión es el pan, que es «la cara de Dios», según repite. Lo compra en Santa Elena, en la panadería de Gervasio, el gallego cuyo nombre le sale con la misma frecuencia y entusiasmo de la boca con que mastica su manjar católico, que come a todas horas, sobre todo cuando nadie la observa —o eso cree—, y que lleva escondido en el bolsillo de su delantal. Algunas veces hace su pan con chicharrón

con sobrantes de grasa que, paciente, recorta y acumula cuando cocina carne, o cada vez que Alcira se entrega a su cruzada higiénica y dietética, para después freírlos despacio, a fuego bajo, hasta dejarlos tan crujientes como untuosos.

De constitución frágil pero esbelta y erguida, Beba —que también tiene un nombre hermoso que no usa: Elba Saula— disfruta la comida menos que las demás, y en la cocina no se especializa sino en el mando y la organización. A veces, sin embargo, revuelve unas austeras ensaladas, o hace un baba ganush al microondas con pasta de maní en lugar de tahine que nadie le critica por temor a ofenderla. Aun así, sabiéndose observada, le gusta presumir de una proeza que nunca volví a ver, hasta que descubrí, mucho más tarde, que era un ejercicio de rigor en cursos de etiqueta y protocolo. Impolutas las manos, con cuchillo y tenedor, es capaz de pelar una naranja sin que queden vestigios de ese pellejo blanco que la recubre, amarga, por debajo de la cáscara; y de cortarla por sus meridianos, dividiendo los gajos limpiamente, para después comérsela con morosa elegancia y un casi imperceptible ademán provocador.

Ese departamento en Mar del Plata, mucho más chico que el de Buenos Aires, en lugar de cocina tiene sólo un cubículo al lado de la entrada, abierta al comedor por una ventanita, desde donde Ramona reparte vituallas o las mira jugar sentadas a la mesa mientras les pasa el mate. En la historia que nadie me tuvo que contar —ni me tocó reconstruir después—, levanto una botella curvilínea de vidrio que acabo de vaciar, empalagado, y que apoyo enseguida en la mesada. Sobre una franja roja, a la altura

del pecho y de los hombros de esa botella de silueta clásica, veo unos trazos blancos que ya entiendo que son unas figuras repetidas. Las asocio a sonidos que conozco y ahora reconozco de manera indirecta y a la vez inmediata, porque siento en la boca todavía las cosquillas del gas y del azúcar; y trepado al banquito de Ramona, en su cocina, que es su mirador, sin entender del todo lo que hago porque supuestamente todavía no sé leer, traduzco: Coca-Cola.

Así seguí aprendiendo a leer como se aprende a cocinar: mirando y escuchando sin recetas, sin tratar de entender ni retener, dejando que el sentido circule por el cuerpo. Como circula ahora por el mío, desde otro mirador, otra cocina, donde hace algunos años, con mamá de visita, tratamos —con mediocres resultados— de repetir el pan con chicharrón como habíamos visto tantas veces prepararlo a Ramona, y ya no lo volvimos a intentar. Como circula ahora, cuarenta años después, mientras escribo traduciendo de memoria las palabras de Indiana, que ya no está aunque sigue siendo en mí, y que convoco a los fantasmas que me dieron de comer.

En los últimos años de su vida, sobre todo después de jubilarse, al tiempo que perdía el interés por cocinar, Indiana se entregó a las redes sociales y a leer. Leía más que nada poesía, algo que me llamaba la atención porque, si bien me había inculcado el amor por la lectura, en casa no teníamos la costumbre de recitar poemas, ni recuerdo que hubiese en nuestra biblioteca literatura en verso. Por eso atribuí su interés a mi influjo, con un orgullo análogo al de ella cuando me vio leer por la ventana de ese Mitsubishi. Además, se encontraba los jueves a la noche a leer

poesía y discutirla con un grupo de amigas de su edad, a las que muchas veces les llevaba mis propias traducciones, o me pedía alguna sugerencia.

La tía Libe refuta mi supuesta influencia en sus hábitos lectores. Conocía a mamá desde la adolescencia y fue la celestina de mis padres: su mellizo y su amiga. Según recuerda Libe, acaban de salir de la Alianza Francesa, donde son compañeras. No sé si van derecho por 11 de Septiembre y llegan a Barrancas de Belgrano por La Pampa, o doblan en Olleros hacia Luis María Campos y van por la avenida hasta llegar al parque. Tampoco tengo idea de dónde se encontraron con sus novios, David y el tío Remo, el apuesto italiano que llegó a la Argentina de chico con sus padres y después se quedó, cuando ellos se volvieron, con la menuda y vigorosa Libe, estudiante de Letras como él. Tal vez pasaron a buscarlos por la casa de mi tía y mi papá, que quedaba de paso.

Lo que recuerda Libe es que van caminando y de repente están en las Barrancas; y que, sin más motivo o más memoria —«cosas de adolescentes», dice Libe, imprecisa—, Indiana está de pie sobre uno de los bancos de piedra de la plaza, con el resto del grupo mirándola expectante. Tras la pausa dramática, mamá —que tiene veintiuno, la mitad de la edad que tengo ahora—, se pone a recitar un poema, su preferido por aquel entonces: «Tú me quieres blanca», de Alfonsina Storni. O a declamar, como me insiste Libe, «porque tu madre declamaba».

Después de todo, Indiana es hija de un político que, si bien por azar o por traición no llegará a ejercer ningún cargo electivo, sabe ganarse la atención del público y ponerles el cuerpo a sus palabras. Donaldo, que hasta enton-

ces se había declarado radical, se aferró al peronismo con fervor de converso cuando, gracias a Evita —o más bien, gracias a su Fundación, porque Eva ya había muerto, en julio de ese año—, pudo operar a Indiana de los ojos. Mi mamá había nacido con glaucoma congénito en el 52, en Santa Fe y, según el pronóstico, lo más probable era que fuese ciega. En la familia no tenían plata para pagar la operación, por lo cual dependían de una ayuda poco menos que divina que, a último momento, llegó de Buenos Aires. «La operó una eminencia», repetía mi abuelo cada vez que contaba la historia, abriendo bien los ojos antes de rematar: «y salió gratis». Por eso Indiana fue Indiana de los Milagros. No iba a ver, pero vio; y, aunque veía con un solo ojo, el otro, casi ciego, con su atmósfera azul llena de nubes, era igual de vivaz y, por contraste, hacía brillar más al despejado.

David y Libe y Remo deben haber sentido el fulgor desigual de esos ojos que miran desde arriba, alternativamente juguetones o severos, al ritmo del poema y sus ideas. Además, por la época circula una corriente eléctrica que sacude los cuerpos, en especial los jóvenes; y que ahora atenúa la gravedad lo necesario apenas para que Indiana flote en su tarima y desde ahí disperse sus estrofas al aire. Corre el 73: el mismo año, mamá y papá van a correr debajo de una lluvia de balas en Ezeiza, el día de la vuelta de Perón.

Pero David, que lleva treinta años en Israel, ya no recuerda casi nada de esto cuando lo llamo para preguntarle por los detalles que ahora no le puedo pedir de nuevo a ella. Me confirma que sí, que es verdad que estuvieron en Ezeiza, y enseguida me aclara: «pero yo nunca fui peronis-

ta». Con eso quiere menos manifestar su posición política que señalar que aquel peregrinaje debe haber sido idea de mamá. Indiana había nacido y se había criado en esa fe, que en su caso era innata, en el sentido literal del término, y muy distinta de la fe adquirida del converso Donaldo. La de mi abuelo era una fe del miedo y del milagro, una reacción a la tragedia que, gracias a Santa Evita, había esquivado. Y aunque no la comparto —si yo tuviera fe querría la de Indiana, o al menos la que ella manifestaba en público— no deja de llamarme la atención la que parece profesar Donaldo, a quien creo entender mejor ahora; y que vuelve a traerme a la memoria dos escenas contadas por él mismo, visitadas de nuevo a la luz de esa fe y de ese temor. Ambas son un derroche de talento cuando lo más sensato hubiera sido mostrarse un poco menos dispendioso.

La primera también ocurre en movimiento. Pero no estamos en su Mitsubishi, esa nave espacial, ni vuelan los 80 en Mar del Plata. A juzgar por la historia, sin embargo, se siente igual de dueño. El auto es un Ford T, que en su relato es «un Ford a bigote». Mi abuelo tiene ocho, por lo que tuvo que haber sido una fecha redonda: 1930. Mientras el Ford avanza traqueteando por una ruta provincial de ripio, Donaldito, ese nene que nunca conocí, salvo por los berrinches del adulto y los gritos del viejo, va en pantalones cortos en el asiento del acompañante.

Es el hijo mayor de Antonio Dib, como le tradujeron al castellano el nombre a quien en mi familia llaman el Lolo, a secas: el libanés de Amiún que contrajo influenza poco antes de llegar a Ellis Island, Nueva York, a los pies de la estatua, y tuvo que quedarse a bordo, en cuaren-

tena. Pudo desembarcar recién en Barranquilla, donde pasó unos años de los que no hay memoria. Por lo que me contaron, sólo sé que no encontró trabajo lucrativo y que aprendió el idioma con un particular acento de la costa colombiana que luego conservó. También que, generoso, les leía las cartas que llegaban del Líbano a otros inmigrantes que eran analfabetos y luego redactaba sus respuestas.

Me pregunto si el Lolo traductor habrá tenido tiempo de sembrar descendencia antes de, por Brasil, bajar a la Argentina, hasta llegar a Santa Fe, donde se estableció con el oficio —inquieto, como él— de viajante de comercio. Lo cual habrá pasado antes de conocer a quien sería su esposa en uno de sus viajes, en Huanqueros, un pueblito a doscientos kilómetros de ahí, en casa de una clienta o de una amiga, libanesa también, a la que, me dijeron, «frecuentaba». O, mejor dicho, antes de toparse con la nena —tenía doce años y él diez más— que saltaba la soga por el patio y que casi lo chocó. La nena había llegado poco antes del Líbano. Había viajado sola, encomendada por la madre a una hermana, la dueña de la casa que frecuentaba el Lolo, que la tenía obligada a limpiar y cocinar. Al parecer con su consentimiento, el Lolo va a raptarla para casarse en Santa Fe con ella; y aunque va a intervenir la policía, no puede deshacerse el matrimonio una vez consumado. Así Saula Jozami pasará a ser la Lola y pronto va a llegar el primogénito, al que bautizarán Donald Antonio, con el nombre del padre secundando a otro, inédito, que vieron en el cine.

Unos años después, Donald va callado en el asiento del acompañante. Esta vez no acompaña a su papá. En la

versión que me contó mi abuelo, al volante del Ford hay un chofer, algo que entonces no me despertó sospechas; y si bien nadie más en la familia conocía la historia, dos primas de mamá, Claudia y Patricia, nietas también del Lolo, dicen que no tenía conductor ni creen que pudiera permitírselo; y que, hasta donde saben, el padre de mi abuelo «se trasladaba en tren» cuando viajaba por trabajo. (De hecho, los varones le robaban el Ford aprovechando sus ausencias.) Si es que existió y la anécdota no es otra ficción de mi abuelo Donaldo, como las hermosísimas que inventó para mí y las menos diáfanas que se contó a sí mismo y a otra gente, presumo que el supuesto chofer debe haber sido el viejo Abichaín, que ayudaba a la Lola algunos días en su almacén de ramos generales y que, por sus costumbres poco higiénicas, solía hacer las veces de bufón en la mitología familiar.

Por lo que sé, la Lola tenía que insistirle para que se duchase. Tras hacerse rogar, se metía en el baño, donde se demoraba bajo el agua. Una vez, a raíz de las intrigas que despertaba su perfume terco, alguien abrió la puerta y lo encontró sentado sobre la tabla todavía baja del inodoro, con la ropa puesta, y un libro humedecido entre las manos, igualmente arrugadas. También, según la anécdota clásica de mis tías, el viejo Abichaín tenía mucho aire en el estómago y, para asordinar las explosiones, pateaba alguna lata detrás del mostrador del almacén cada vez que sentía que iba a disparar. El mismo mostrador donde la Lola va a recibir un día, en una nueva ausencia del esposo, una visita que mi bisabuela echó a punta de escoba: otra mujer con una nena en brazos. Al decir de las tías, que espiaban detrás de una persiana, «es igualita a Alcira».